LA DIPLOMACIA hoy: cuatro enemigos de la esperanza

Mauricio Merino Huerta

Una cordial invitación se sumó a los mitos que había alimentado por años, para darme la oportunidad de atisbar el mundo de la diplomacia mexicana. Acepté sin ninguna reserva, porque la ocasión parecía irreprochable: representaba al mismo tiempo la posibilidad de servir a mi país, de conocer por dentro un mundo que siempre se me mostró apasionante y de participar en la política exterior. La vocación me arrastró, aun antes de conocer con exactitud el cargo que se me ofrecía, pues los datos iniciales bastaron para vencer cualquier resistencia. Se trataba, fundamentalmente, de observar los acontecimientos relevantes del país al que iba, para redactar informes cuidadosos que ayudarían a definir algunas de las estrategias de la política mexicana hacia una de las regiones de mayor importancia. Formar parte del cuerpo diplomático era, además, una aspiración secreta de la que yo tampoco escapaba.

Un año más tarde descubrí que la vida cotidiana del verdadero diplomático, está lejos de tener el encanto que sugieren los lugares comunes, o de la influencia discreta que aparentan sus miembros. Los diplomáticos son admirables, pero no tanto por sus ventajas, cuanto por el sacrificio que deben hacer todos los días para representar a México en circunstancias especialmente difíciles. Y ahora me pregunto si la visión que tenemos del diplomático no es, además, injusta: se cree que disfrutan de beneficios que no tienen, y se les exigen resultados superiores a los recursos de los que disponen.

El primer enemigo: las formas

Nuestra imagen de la diplomacia se ha quedado en el pasado. Si Phillipe Cahier enseñaba que sus funciones principales eran la representación, la información y la negociación, la tecnología de nuestro tiempo ha trastocado las posibilidades de servir al país propio en esos rubros tradicionales. Es cierto que la representación sigue siendo importante: una embajada o un consulado aluden a la presencia política, física, que hace falta para subrayar el interés del país en los asuntos de un Estado amigo. Pero más allá de ese símbolo, la representación no supone una actividad que exija demasiado al funcionario de una embajada. No hablo del titular de la misión: los embajadores y los cónsules tienen, en ese ámbito, agendas completas, tanto por las relaciones que deben conservar con el resto del cuerpo diplomático, como por las amistades que deben cultivar entre políticos, empresarios, intelectuales, periodistas... El titular de una misión es, en rigor, el representante de su país, y en consecuencia, ha de asistir en esa calidad a los innumerables encuentros que suelen organizar sus homólogos; debe estar, también, en los actos oficiales de mayor importancia; y, naturalmente, en cualquier actividad pública en la que se trate, de modo favorable, la cultura, la economía o la política mexicanas. La representación, así planteada, se resuelve en una fotografía interminable y en constantes conversaciones de final incierto: nunca se sabe, con precisión, la utilidad práctica de un nuevo contacto o las consecuencias de un comentario adicional y, sin embargo, los titulares deben estar en todas las oportunidades posibles, subrayando el interés nacional por personas y asuntos que, probablemente, no coinciden con las simpatías del funcionario. No obstante, esa imagen del diplomático activo que asiste a recepciones y trata negocios de trascendencia; que aparece en periódicos y revistas, que se relaciona con los personajes más conocidos, que concede entrevistas y corta listones es una imagen que sólo incluye al titular de la misión y que obedece en todo caso, a una rutina.

Los colaboradores de la misión diplomática, en cambio, tienen la obligación de llevar la agenda del titular y, eventualmente, de organizar las recepciones que él mismo ofrece. Y, a veces, tienen también la responsabilidad de suplir al representante, con el evidente desagrado de quienes han cursado la invitación a un embajador y se ven forzados a recibir a un funcionario de poca monta. La fotografía, la copa en la mano y la conversación erudita no forman parte del mundo cotidiano del diplomático común y corriente, que está más bien confinado a la modestia de las oficinas de cancillería, pendiente de las instrucciones de sus superiores. Su participación como representante nacional se reduce, tal vez, a la especie de ensayos que los diplomáticos que comienzan acostumbran organizar, para intercambiar puntos de vista entre colegas que aspiran a la cumbre, pero que se saben obligados a guardar silencio para llegar a ella.

De todos modos, están obligados a guardar las formas y comparten, como los médicos, el celo por su prestigio heredado. Si bien la modernidad les ha impuesto, paulatinamente, un estilo diferente, más relajado y menos "diplomático" –en el sentido flemático, de adjetivo–, lo cierto es que también deben jugar su papel en el teatro de las apariencias. Es tan difícil encontrar un funcionario del servicio exterior que confiese a un extraño su hastío por la rutina, como conversar con ellos sin sentir que, en el fondo, se está tramando algo realmente importante. La consigna, en todo caso, es guardar la etiqueta y prepararse para el futuro: nadie sabe si, en algún momento, habrá que pedir un favor al interlocutor de esa noche.

El segundo enemigo: la tecnología

La información es, en cambio, la tarea primordial del diplomático que quiere subir los peldaños. Como bien se insiste en el Instituto Rio Branco de Brasil, lo fundamental en esa materia no consiste en conocer el idioma, las costumbres, la historia o la política del país al que se ha ido, sino el idioma, la cultura, la economía y la política del país propio. Pero sobre todo el idioma: el diplomático debe informar, todos los días, sobre el curso de los acontecimientos más destacados del país en el que trabaja, mediante cables mínimos en los que es preciso anotar ideas máximas. Más tarde debe redactar informes más amplios, en los que se registra el pulso de la embajada sobre los temas de mayor interés. Informar es la clave de su eficiencia, y para ello es legítimo echar mano de todos los recursos posibles: las charlas tenidas en cualquier parte, los comentarios escuchados en la radio, los noticieros de la televisión y, por supuesto, la prensa diaria. El diplomático sabe que su labor está siendo evaluada, a fin de cuentas, por la calidad de su información, e imagina que sus versiones tienen alcances insospechados. Por eso no hay nada más importante, en su quehacer cotidiano, que la redacción.

Un diplomático bien aplicado puede pasar la mitad de su tiempo vital confeccionando informes. Pero nunca estará seguro de que alguien los lea con la misma atención, pues hay varias centenas de funcionarios como él formulándolos desde varios países del mundo, y otros tantos en la sede mexicana interpretando noticias, textos y documentos que, a su vez, son enviados a Tlatelolco por las representaciones diplomáticas acreditadas en el país. ¿Cuántas líneas se reciben a diario en la "caja negra" de la diplomacia mexicana? ¿Cuántos funcionarios las leen, y cuántos deciden sobre la trascendencia de la información que está en curso? Hay procedimientos claros, no hay duda, para que todo ese alud de noticias pase por filtros de selección, se sintetice y llegue hasta las grandes mesas de decisiones. Pero es improbable que luego de saltar los obstáculos previos el informe del diplomático sobreviva: tal vez aparezca una parte menor de sus datos, o se mencione su nombre de paso. Pero desde el momento de estar redactando, el secretario de una embajada sabe que sus lectores asiduos se reducen al equipo de trabajo de la misión y a cierto personaje de alguna oficina en la capital del país. Y sabe también que sus puntos de vista tienen que ser compatibles con los del jefe de cancillería y del embajador. Así, al final, la función principal del diplomático que comienza se diluye entre los matices de la opinión ajena y el prolongado silencio de sus interlocutores.

Pero hay algo más: los diplomáticos no son espías. En general, su papel no consiste en descu-

brir información oculta por cualquier medio, para transmitirla al país con algún método heroico. Esa tradición de espionaje internacional no forma parte de las prácticas mexicanas ni, seguramente, sería encargada a un funcionario vigilado en caso de ser necesaria. La información que maneja el diplomático es la misma que conoce todo el mundo, salpicada eventualmente con datos adicionales derivados de alguna conversación. No puede informar mucho más de lo que sabe, por ejemplo, un periodista. De modo que la rapidez y la abundancia de medios contribuyen a menguar el papel informativo del funcionario; cuando el diplomático ha terminado de redactar un cable, por ejemplo, sobre la posición oficial del gobierno equis ante un conflicto internacional, la televisión y la radio no sólo han enterado horas antes a todo el planeta, sino que incluso han comenzado a ofrecer las interpretaciones de los especialistas en la materia. El diplomático va en desventaja con la agilidad que la tecnología ha ofrecido a los medios de comunicación, y con la eficacia de las grandes organizaciones de prensa que se mueven por todo el mundo. Si la noticia es importante, lo más probable es que el gobierno esté decidiendo su posición a la luz de la información recibida por otros medios, antes de que el funcionario concluya su propia tarea; y si el asunto es intrascendente el diplomático puede confiar en que sus datos no aparecieron antes en un noticiero de televisión, pero también debe saber, precisamente, que no son fundamentales. ¿Cómo superar la tecnología impresionante de los profesionales de la información? ¿No sirvió, como ejemplo notable, la cadena norteamericana CNN como enlace de información durante la guerra en el Golfo Pérsico? Se dirá, quizás, que lo fundamental del cable diplomático no reside en la información sino en la interpretación, pero en ésta cuenta más, sin duda, la opinión de los asesores expertos que rodean a los mandos superiores que las incursiones dubitativas de un funcionario menor.

La tecnología se ha interpuesto a la carrera, por último, en el ámbito de la negociación diplomática. Si en épocas anteriores el funcionario debía llevar personalmente los negocios bilaterales, por las dificultades propias de la comunicación a largas distancias, en nuestros días ese obstáculo se ha roto por completo. Las negociaciones entre gobiernos ya no pasan necesariamente por embajadas, sino por los teléfonos privados de los secretarios de Estado de ambos países, en forma de conversaciones confidenciales y de documentos transmitidos por fax. Y, en última instancia, si el asunto merece la mayor prioridad, no es difícil que el responsable del área correspondiente se traslade unas horas al país amigo a discutir personalmente con sus homólogos los temas de interés común. Teléfonos, aviones y fax han llevado a los diplomáticos a una condición secundaria en las negociaciones de trascendencia. Su verdadero papel consiste en concertar citas y, a veces, en servir de auxilio a los verdaderos negociadores. De poco cuenta su opinión –cuando tienen la ocasión de darla– porque su desempeño es, en el mejor de los casos, estrictamente complementario.

La ocasional cercanía con los poderosos es compartida, no obstante, en todo el mundo de la diplomacia. Difícilmente puede sustituir el deseo de colaborar en los asuntos principales de México, pero a los diplomáticos les debe bastar: no pueden aspirar a la negociación verdadera, porque la tecnología del mundo moderno les ha arrebatado esa posibilidad. De modo que han de satisfacer su vocación inicial más ante secretarios y subsecretarios de Estado del país propio, en las brevísimas oportunidades que se presentan de vez en cuando, que ante los gobiernos extranjeros.

El tercer enemigo: la incertidumbre

Los diplomáticos, por otra parte, están obligados a ser turistas de largo plazo. Quiero decir que su estancia en cada país no puede prolongarse por mucho tiempo, lo que les impide formar una vida estable. Este dato no es nuevo: no dudo de que muchos aspirantes a la diplomacia se dejen llevar, en el fondo, por su deseo de ''conocer mundo''. Olvidan que su condición no es tan libre como la del turista, y que el paseo puede durar una vida. Pero sobre todo, que el destino soñado puede no llegar nunca.

El funcionario que aspira a subir el escalafón debe pasar por varios destinos, aunque no sepa a ciencia cierta en qué países vivirá ni en qué momento será trasladado a otro lugar. El rigor de los reglamentos en esta materia suele diluirse en las prácticas cotidianas y en los problemas de presupuesto, de modo que planear una estancia de tres años en cada sitio constituye apenas una referencia inicial. Todo puede cambiar antes, a juicio del titular de la misión, o prolongarse de modo indefinido. No obstante, el diplomático no puede abandonarse a su suerte: casi todos piensan en la parada siguiente y deben echar mano de todos sus recursos para conseguirla, a sabiendas de que hay decenas de colegas transitando por los mismos deseos. Así, la incertidumbre comienza con una duda profesional y acaba por formar parte del modo de vida.

Ninguna de las ''rutas'' diplomáticas sería desdeñable en sentido estricto, si la incertidumbre no las convirtiera en algo cercano a una apuesta, si la comunicación con los mandos de México fuera suficientemente fluida, o si la asignación de plazas estuviera atenida a reglas exactas. Pero ninguna de esas tres condiciones se cumple en rigor: todo puede cambiar sobre la base de criterios subjetivos, que los diplomáticos conocen a medias, en la medida en que han pasado varios años alejados del pulso de los acontecimientos que tienen lugar en las oficinas centrales. Y por lo demás, tampoco la diplomacia escapa a las prácticas burocráticas más arraigadas, que, en este caso, se muestran con la crudeza de las cosas humanas: para un diplomático todo puede cambiar repentinamente, sin explicaciones. Y ninguno tiene total certidumbre sobre el futuro, porque sus méritos cotidianos no tienen lugar en donde se toman las decisiones. A la distancia, el tiempo y la disciplina pueden ser más apreciados que la eficacia y el éxito diario.

El cuarto enemigo: la especialización

El mundo diplomático, por último, no es un mundo cerrado: sus puertas permanecen abiertas a los nombramientos especiales, ante la justificación de contar con expertos en determinadas funciones. Esos especialistas obedecen a la lógica de los tiempos y suelen concretarse a sus labores de modo exclusivo. Otra cosa es que el servicio los conmine a formar parte de la carrera y que algunos acepten la oferta, aun con la conciencia de que nunca se integran del todo, pues sus tareas suelen reducirse al ámbito de su especialidad. Pero su sola existencia revela que el espacio de acción del diplomático se va estrechando con el paso del tiempo. Las actividades de mayor interés, que podrían abrir perspectivas adicionales al funcionario cansado de formular informes, son paulatinamente ocupadas por otros profesionales enviados directamente de México. Y el diplomático sabe, en consecuencia, que su intervención en

El tercer enemigo: la incertidumbre

Los diplomáticos, por otra parte, están obligados a ser turistas de largo plazo. Quiero decir que su estancia en cada país no puede prolongarse por mucho tiempo, lo que les impide formar una vida estable. Este dato no es nuevo: no dudo de que muchos aspirantes a la diplomacia se dejen llevar, en el fondo, por su deseo de ''conocer mundo''. Olvidan que su condición no es tan libre como la del turista, y que el paseo puede durar una vida. Pero sobre todo, que el destino soñado puede no llegar nunca.

El funcionario que aspira a subir el escalafón debe pasar por varios destinos, aunque no sepa a ciencia cierta en qué países vivirá ni en qué momento será trasladado a otro lugar. El rigor de los reglamentos en esta materia suele diluirse en las prácticas cotidianas y en los problemas de presupuesto, de modo que planear una estancia de tres años en cada sitio constituye apenas una referencia inicial. Todo puede cambiar antes, a juicio del titular de la misión, o prolongarse de modo indefinido. No obstante, el diplomático no puede abandonarse a su suerte: casi todos piensan en la parada siguiente y deben echar mano de todos sus recursos para conseguirla, a sabiendas de que hay decenas de colegas transitando por los mismos deseos. Así, la incertidumbre comienza con una duda profesional y acaba por formar parte del modo de vida.

Ninguna de las ''rutas'' diplomáticas sería desdeñable en sentido estricto, si la incertidumbre no las convirtiera en algo cercano a una apuesta, si la comunicación con los mandos de México fuera suficientemente fluida, o si la asignación de plazas estuviera atenida a reglas exactas. Pero ninguna de esas tres condiciones se cumple en rigor: todo puede cambiar sobre la base de criterios subjetivos, que los diplomáticos conocen a medias, en la medida en que han pasado varios años alejados del pulso de los acontecimientos que tienen lugar en las oficinas centrales. Y por lo demás, tampoco la diplomacia escapa a las prácticas burocráticas más arraigadas, que, en este caso, se muestran con la crudeza de las cosas humanas: para un diplomático todo puede cambiar repentinamente, sin explicaciones. Y ninguno tiene total certidumbre sobre el futuro, porque sus méritos cotidianos no tienen lugar en donde se toman las decisiones. A la distancia, el tiempo y la disciplina pueden ser más apreciados que la eficacia y el éxito diario.

El cuarto enemigo: la especialización

El mundo diplomático, por último, no es un mundo cerrado: sus puertas permanecen abiertas a los nombramientos especiales, ante la justificación de contar con expertos en determinadas funciones. Esos especialistas obedecen a la lógica de los tiempos y suelen concretarse a sus labores de modo exclusivo. Otra cosa es que el servicio los conmine a formar parte de la carrera y que algunos acepten la oferta, aun con la conciencia de que nunca se integran del todo, pues sus tareas suelen reducirse al ámbito de su especialidad. Pero su sola existencia revela que el espacio de acción del diplomático se va estrechando con el paso del tiempo. Las actividades de mayor interés, que podrían abrir perspectivas adicionales al funcionario cansado de formular informes, son paulatinamente ocupadas por otros profesionales enviados directamente de México. Y el diplomático sabe, en consecuencia, que su intervención en

esas áreas, más bien reservadas, si no le es expresamente solicitada, sólo podría acarrearle dificultades. Las tareas culturales, el desarrollo de la informática, el análisis comercial y aun el manejo de los medios de prensa son ámbitos de importancia, pero en la mayor parte de los casos ajenos al ascenso del funcionario de carrera. Y si la cultura, el comercio y el manejo de prensa se van depositando en manos de especialistas, ¿qué le queda al diplomático que se ha formado en todo, y en nada en particular?

A ese dato habría que agregar los nombramientos políticos que, de acuerdo con la experiencia, no son escasos. Muchos funcionarios nuevos se inscriben en el servicio exterior invitados por circunstancias diversas, que poco tienen que ver con la vocación. Y no pocas veces esos funcionarios tienen en sus manos el verdadero control de las pequeñas decisiones cotidianas de una misión y también los más altos cargos. No me refiero a los embajadores ni a la tradición política que quiere identificar el servicio exterior con una suerte de exilio de oro, porque para el diplomático que asciende un titular inexperto puede representar, incluso, una oportunidad de mostrar sus habilidades. Hablo más bien, de los nombramientos que comparten, con los miembros del servicio exterior de carrera, el aparente placer de la diplomacia pero muy pocas de sus vicisitudes. Si los diplomáticos "a la carrera" ocupan los estrechos espacios que sobran después de los llenados por especialistas, el papel de los dedicados funcionarios de siempre corre el riesgo de convertirse, en términos de una actividad realmente creativa, en una hoja en blanco.

No obstante, el diplomático de carrera ha de convivir con sus compañeros de oficio, aunque no todos lo hayan asumido como proyecto de vida, y aunque sepa que entre ellos la competencia no sólo es desigual sino que puede llegar a ser, sencillamente terrible. Su virtud más importante acaso sea, por eso, esperar, y escribo "esperar" en el doble sentido que esta palabra adquiere en castellano: tener esperanza de conseguir lo que se desea, y dejar que el tiempo pase, hasta que algo suceda.

Un pequeño homenaje

El tiempo que las circunstancias me dieron para observar el servicio fue tan breve, que mi esperanza no pudo sumarse a la de mis compañeros de entonces. Pero adquirí, en cambio, un profundo respeto por quienes han logrado alcanzar la cumbre de la carrera, paso a paso. Me han dicho, repitiendo el lugar común, que antes era mejor, que en otras épocas los diplomáticos gozaban de mayor libertad en sus cargos y que sus actividades producían resultados tangibles en plazos muy cortos. Me han dicho que la calidad de la representación solía ser impecable, que el manejo de la información repercutía de modo sensible y que las negociaciones satisfacían con creces las expectativas más ambiciosas de la vocación. Me han comentado, también, que en las entretelas de los organismos multilaterales todo es distinto, porque en ellos apenas tiene cabida la improvisación y el mundo diplomático se despliega con amplitud. Quiero pensar que todo eso es cierto, con independencia de los matices y de los límites de esos organismos en el terreno de la eficacia política. Pero estoy persuadido, de que no será mirando hacia atrás como los diplomáticos habrán de superar sus actuales condiciones profesionales. Por el contrario, hay que llamar la atención sobre el valor de los recursos humanos que el país tiene distribuidos por todo el mundo, repitiendo usos que el tiempo ha dejado atrás; y en seguida, sub-

rayar la conveniencia de emplearlo en tareas más concretas, sobre la base de una mejor comunicación y de una coordinación efectiva entre compañeros de oficio. Es evidente que la tecnología y las claves de la negociación, de la información y de la representación diplomática no volverán al pasado. Por el contrario, todos los signos anuncian que el mundo tiende a estrecharse y, en consecuencia, a resolver sus asuntos con mayor rapidez, más eficacia y menos formalismos: es necesario, por eso, revisar la utilidad real de las prácticas vigentes, en favor de un mejor provecho para el país y para los diplomáticos que en efecto, busquen construir su carrera con algo más que el transcurso del tiempo.

Pero ese no es el propósito de estas líneas. La única posibilidad para un diplomático que ha dejado de serlo, es rendir un pequeño homenaje a quienes siguen librando esa batalla cotidiana contra la depresión que producen las formas, la atadura a unas prácticas que ha rebasado la tecnología, la incertidumbre y el ir y venir de especialistas y políticos que llevan en sus maletas un destino menos difícil. Un pequeño y respetuoso homenaje a los diplomáticos que, a pesar de todo, mantienen con vida la esperanza.

Madrid, abril de 1991.